

Los afectos como signos: la relación entre la primeridad sensorial y la representación perceptual

Affects as signs: the relationship between sensory primacy and perceptual representation

ERICK BERNARDO SUASTE MOLINA - ORCID 0000-0002-7196-9041

(pág 73 - pág 90)

RESUMEN. El objetivo de este trabajo es discutir el papel que el correlato de la primeridad juega en dos procesos de comunicación: la formación de afectos y la representación de estos como perceptos. Para ello, se problematizan las diferencias entre la primeridad, comprendida como “afecto” o “sensación” que se fija desde la categoría del qualisigno y, la primeridad como “iconicidad” cuya representación, o lo que el filósofo Darin McNabb (2018) denomina “observación icónica”, se realiza a partir del “razonamiento diagramático”. Esta reflexión se construirá con un diálogo entre la filosofía de Charles Sanders Peirce y la filosofía activista de Brian Massumi, quien recupera, para el estudio de los afectos, los aportes del pragmatismo y la filosofía de los procesos.

Palabras clave: afecto, percepto, primeridad, qualisigno, diagrama.

ABSTRACT. The goal of this paper is to discuss the role that the correlation of the *firstness* plays in two communication processes: the formation of affects and the representation of these as percepts. To this end, the differences between firstness, understood as “affect” or “sensation” that is fixed from the category of the qualisign and, firstness as “iconicity” whose representation, or what the philosopher Darin McNabb (2018) calls “iconic observation”, is made from “diagrammatic reasoning”, are problematized. This reflection will be constructed with a dialogue between Charles Sanders Peirce’s philosophy and the activist philosophy of Brian Massumi, who recovers, for the study of affects, the contributions of pragmatism and the process philosophy.

Key words: affect, percept, firstness, qualisign, diagram

ERICK BERNARDO SUASTE MOLINA es Doctor en Ciencias Políticas y Sociales con orientación en el campo disciplinario de Ciencias de la Comunicación. Profesor de asignatura en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, adscrito al Centro de Estudios en Ciencias de la Comunicación e investigador independiente. Entre sus publicaciones se incluyen “Pensar la producción audiovisual desde una mentalidad técnica y como una abstracción vivenciada” dentro

del libro *Audiovisualidades y pensamiento tecnológico: formas, sentidos y políticas intermediales*; “Multiversos de terror: el contacto semántico entre realidades mortales” en *Ventana Indiscreta*. Núm. 31. Universidad de Lima y “Comunicar afectivamente. Un marco para el estudio de los afectos en la comunicación visual”. *Revista Mexicana de Comunicación*. No. 146-147. Invierno 2020-2021. (e-mail: erick.suaste.molina@politicas.unam.mx)

FECHA DE RECEPCIÓN: 01-04-2025 **FECHA DE APROBACIÓN:** 10-04-2025

1. INTRODUCCIÓN: LOS AFECTOS EN LA SEMIÓTICA

1.1 LOS AFECTOS

1.1.1 EL ANTECEDENTE SPINOZISTA

En este trabajo, entendemos que los afectos son signos que tienen efecto en el cuerpo. Entonces, el cuerpo es el primer constructo importante dentro de la teoría del afecto cuyos orígenes se localizan en el pensamiento del filósofo neerlandés Baruch Spinoza, particularmente, en la *Ética* demostrada según el orden geométrico publicado en 1677, de manera póstuma. Gracias a Spinoza, los teóricos contemporáneos del afecto partimos de la noción de que los compromisos del cuerpo son paralelos a los de la mente.

Así pues, la mente es el segundo constructo sobre el cual versan las discusiones acerca de los afectos. En pocas palabras, Spinoza los entiende como las afecciones corporales y sus respectivos procesos mentales; decir que uno (el cuerpo) es primero y la otra (la mente) es segunda no es por una cuestión de jerarquía, sino por un asunto procesual que, desde nuestra perspectiva, se relaciona con los correlatos fenomenológicos que Charles Sanders Peirce ubica en el proceso de la semiosis: primeridad y segundidad.

Pero antes de ello, volvamos a Spinoza. En el *postulado III* de la parte intitulada *Del origen y naturaleza de los afectos*, escribe:

Por *afectos* entiendo las afecciones del cuerpo, por las cuales aumenta o disminuye, es favorecida o perjudicada, la potencia de obrar de ese mismo cuerpo, y entiendo, al mismo tiempo, las ideas de esas afecciones. *Así pues, si podemos ser causa adecuada de alguna de esas afecciones, entonces entiendo por <afecto> una acción; en los otros casos, una pasión.*" (Spinoza, 2017 [1677], pp. 209-210.)

Hay que atender también a lo que el filósofo entiende por *causa*, que puede comprenderse como *causa de sí, causa adecuada o causa inadecuada*. En cuanto a la primera, Spinoza entiende:

Aquello cuya esencia implica la existencia, o lo que es lo mismo, aquello cuya naturaleza sólo puede concebirse como existente (Spinoza, 2017 [1677], p. 55); la segunda se refiere a aquello "cuyo efecto puede ser clara y distintamente percibido en virtud de ella misma. Por el contrario, llamo inadecuada o parcial a aquella cuyo efecto no puede entenderse por ella sola". (Spinoza, 2017 [1677], p. 209b.).

He aquí que encontramos un motivo para comprender a los afectos como signos, puesto que el cuerpo humano experimenta siempre una afección de naturaleza exterior, es decir, los afectos actúan por causa externa y dentro de un campo de relaciones afectantes donde un cuerpo puede afectar al otro y disminuir o aumentar sus capacidades de acción, al tiempo que el otro puede también realizar una acción que sea estímulo para el resto de los cuerpos con quienes entra en contacto. Desde luego que el cuerpo adquiere diferentes modalidades cuando está en interacción con otros. Spinoza declaró que la existencia es efectiva, real, siendo el *cuerpo existente* la evidencia material de esto; toda modalidad que pueda adquirir, se finca en la *materia*, que es por doquier la misma pero cuyas expresiones se distinguen modalmente.

En este orden de ideas, el cuerpo es *substancia* porque *es en sí*, no depende de otro concepto para formarse, no obstante, posee *atributos*, entendidos como constitutivos de una substancia. Por su parte, el *modo* es cualquier afección de una substancia, por tanto, los afectos, entendidos como afecciones corporales y procesos mentales, dejan sobre el cuerpo una modificación, que es el modo en que este cuerpo está *siendo afectado* por una causa exterior y que se encuentra en la existencia misma, donde la materia adquiere diferentes modalidades. Si con la materia se hacen todas las cosas y se hacen de unas a otras, es gracias a la *transformación* y el *movimiento*. Es importante, además, que nada en la existencia surge de modo disgregado, pues tiene principios de composición.

Así pues, las cosas que surgen en un campo de relaciones afectantes se transforman para *devenir* en otra composición material; no actúan por sí solas, sino por otras causas que son finitas. Todo el espectro de la realidad se rige por leyes de composición, causalidad y operan en redes de interacción afectante. La importancia de describir lo anterior es, precisamente, porque el afecto es un proceso donde la extensión de mente y cuerpo son moldeados, transformados, adquieren singularidades, son percibidos y encarnados gracias a las causas externas que son los signos de la naturaleza y aquellos creados por el ser humano. Ahora bien, atendamos de una vez a la definición más popular de *signo* que propone Charles Sanders Peirce:

Un signo, o *representamen*, es algo que, para alguien, representa o se refiere a algo en algún aspecto o carácter. Se dirige a alguien, esto es, crea en la mente de esa persona, un signo equivalente o más desarrollado. Este signo creado es lo que yo llamo el *interpretante* del primer signo. El signo está en lugar de algo, su *objeto*. Está en lugar de ese objeto, no en todos los aspectos, sino sólo con referencia a una suerte de idea, que a veces he llamado el *fundamento* del representamen. (Peirce, 1986, p. 22.)

La idea es un signo y, a decir de Peirce, un ser humano capta la idea de otro ser y es la misma idea, en cuanto que el pensamiento mantenga una misma duración así sea por un décimo de segundo; seguimos las ideas de los demás, lo cual es factible vincular a la noción de relación afectante que se encuentra en Spinoza. Si el signo según Peirce está dirigido a alguien, lo hace porque de algún modo quiere generar en ese alguien una idea particular y, al mismo tiempo, modificar sus estados de acción, lo cual, desde nuestra apreciación, implica que los signos, en cuanto que representan algo, tienden a modificar los estados corporales y mentales de las otras personas. He aquí, no obstante, que el proceso de semiosis (aquel donde algo funciona como signo para alguien) tiene varios estadios de experiencia o correlatos fenomenológicos, por ello, sostenemos que el afecto es un proceso de afectación que atraviesa los correlatos de la primeridad, seguridad y terceridad.

Si hemos de generar una idea, es porque nuestro conocimiento del mundo ha comenzado por el contacto de nuestro cuerpo con la realidad, por tanto, todo saber inicia en la sensorialidad. La existencia de las cosas depende de las afecciones que experimenta el cuerpo, pues no existimos descarnados, al contrario, poseemos diferentes recursos sensoriales que son estimulados por las causas externas a nosotros, que son los signos. El cuerpo es, entonces, objeto de la experiencia, es lo *vivenciado* por las afectaciones que recibe, al mismo tiempo que también las capta la mente. En la Proposición XII de la Ética, en la parte donde se discute el origen de los afectos, Spinoza expresa que “el alma se esfuerza cuanto

puede, en imaginar las cosas que aumentan o favorecen la potencia de obrar del cuerpo”. (Spinoza, 2017 [1677], p. 226.)

La imaginación, como dijimos, es encarnada y es un fenómeno que, consideramos, es de vital importancia para la semiótica de Charles Sanders Peirce, toda vez que su filosofía pragmatista se concentra en el análisis de los procesos de pensamiento y las formas en que el ser humano construye inferencias lógicas a partir de la relación entre los diversos signos que conforman los estadios de la experiencia. Si como afirma Spinoza, a las vivencias corporales le siguen ideas, entonces los afectos son signos, fenómenos corpóreo-mentales que empujan al ser a actuar de determinada manera, es decir, aumentar o disminuir sus capacidades de acción.

¿Cómo logran esta afectación? Spinoza explica que el cuerpo *siente* y el alma *imagina*. No hay, por tanto, afecciones de las cuales no podamos hacernos alguna idea. Esas ideas, según el filósofo, están asociadas a todo género de la bondad o de la maldad; los primeros se asocian con los afectos de la alegría (amor, devoción, esperanza, seguridad, misericordia) y, los segundos, con la tristeza (miedo, odio, repulsión, indignación, envidia). Esta dinámica de los afectos es la base para las discusiones actuales del *giro afectivo* en las ciencias sociales y humanidades acerca de la distinción entre afectos y *emociones*.

No es menester de este trabajo entrar en ese debate, pero es importante mencionarlo puesto que las ideas que siguen a los afectos son lo que en lingüística entendemos como *conceptos*. Es así que toda vivencia afectiva entra en una progresión encarnada que culmina en una cualificación semántica y en la formación de juicios y/o argumentos. Pero mientras que nos hemos concentrado en el análisis de la construcción simbólica, es decir, del lenguaje, ¿cómo podemos analizar la experiencia afectiva? ¿Cómo se explica dentro del terreno de la semiótica?

1.1.2 LA SEMIÓTICA PEIRCEANA

Para Charles Sanders Peirce, la Semiótica es una teoría de los signos y la Lógica estudia una clase de signos, es decir, aquellos que nos sirven para argumentar y que, de acuerdo con la faneroscopia (las categorías de fenómenos que se nos aparecen), se hallan en el correlato de la terceridad (cfr: Beuchot, 2014, pp. 35-39.) Por tanto, la Lógica estudia los términos, los enunciados y los argumentos. Esas son las formas que ofrece la investigación de Peirce para adentrarnos en el análisis de la construcción proposicional, así como en la elaboración de inferencias lógicas, o sea, el estudio de los procesos de abducción, deducción e inducción.

Es justo decir, con esta breve introducción, que al menos en el campo de las Ciencias de la Comunicación, nos concentramos en el estudio de la producción de significación, orientándose a la formación de argumentos y, en la ciencia en general, hacia la formulación de hipótesis, que no son más que enunciados inferenciales que ofrecen respuestas tentativas a fenómenos observables.

No obstante, al decir que se trata de una ciencia de los signos, Peirce observa la existencia de una variedad de signos que están en lugar de un objeto para alguien y éste los interpreta. No se puede pensar sin signos, expresa el filósofo, y todo pensamiento es un signo, de modo que, en nuestra perspectiva, la semiótica de Peirce es un proyecto enmarcado en el pragmatismo, que analiza las formas de nuestro pensamiento y cómo llegamos a construir conocimiento.

El problema que ubicamos es que existe una primacía de la terceridad que se utiliza para el análisis de los discursos sociales, o bien, en las teorías de la retórica o la argumentación, pero antes del tercero, existe un segundo y un primero y son parte del proceso lógico de afectación. El afecto es corporal pero no está limitado a las sensaciones ni la experiencia encarnada, pues también entra en el espiral de la razón.

En este momento, cobra interés recordar las tricotomías de los signos que propone Peirce: primero, que a los elementos de la semiosis les corresponde un correlato fenomenológico, a saber, primeridad (representamen), segundidad (objeto) y terceridad (interpretante). Ahora bien, las tricotomías se explican en cuanto al *signo en sí mismo*, que se integra por cualisignos, sinsignos y legisignos; *signo según su objeto*, integrado por íconos, índices y símbolos y; finalmente, *signo según el interpretante*, donde hallamos rema, dicente y argumento. (cfr. Peirce, 1986, pp. 29-33.)

Según la naturaleza del signo, cada tricotomía se asocia con los correlatos de la primeridad, segundidad y terceridad, respectivamente. No obstante, estos tres estadios de experiencia también ocurren en cada tipología. En este sentido, en cuanto al signo en sí mismo, el *cualisigno* es una primeridad, el *sinsigno* es una segundidad y el *legisigno* es una terceridad.

A su vez, cada clase de signo se relaciona con su correlato correspondiente, de modo que el cualisigno se corresponde, por primeridad, con el ícono, el sinsigno se vincula con el índice y el legisigno con el símbolo, por ende, cada clase se relaciona con los signos de la terceridad, pero en cuanto posibilidad cualitativa (rema/primeridad), existencia real (dicente/segundidad) y argumento (signo de ley/terceridad). Esto da origen a las diez clases de signos:

- 1.- *Cualisigno icónico remático.*
- 2.- *Sinsigno icónico remático.*
- 3.- *Sinsigno indexical remático.*
- 4.- *Legisigno icónico remático.*
- 5.- *Legisigno icónico remático.*
- 6.- *Legisigno indexical remático.*
- 7.- *Legisigno indexical dicente.*
- 8.- *Legisigno simbólico remático.*
- 9.- *Legisigno simbólico argumentativo.* (cfr. Peirce, 1986, pp. 33-38.)

Lo que observamos en estas relaciones es que se pueden trazar diagramas que van desde la sensación hasta la argumentación; las clases de signos se vinculan entre sí en campos de relaciones afectantes donde la mente opera al interpretar la diversidad de signos, pero ya hemos establecido que la mente no existe de manera descarnada, al contrario, las operaciones lógicas que nos llevan hacia el razonamiento atraviesa un proceso de afecto.

En particular, proponemos que es en las primeridades donde se originan los afectos, o, mejor dicho, son el lugar donde se inicia el proceso de afectación sensorial que se dirige a los sentidos, se encarna en el cuerpo y avanza en progresión hacia los terrenos semánticos donde forman significados. Este proceso, que también se llama semiosis, consiste en pocas palabras, en las afectaciones corporales y sus respectivos procesos mentales. Una aproximación, en definitiva, spinozista.

Finalmente, pensemos en la definición de signo de una manera que no sea clasificatoria, como solemos hacerlo. Cuando Peirce se pregunta ¿qué es un signo?, explica que

es necesario reconocer tres estados mentales diferentes. Debido a nuestros objetivos, nos concentramos en su descripción del primero:

Primero, imagínese a una persona en un estado de ensueño. Supongamos que está pensando sólo en un color rojo. Pero no realmente pensando en él, es decir, no haciendo ni respondiendo ninguna pregunta sobre él, ni siquiera diciéndose a sí misma que le place, sino sólo contemplándolo, conforme su fantasía lo va evocando. Quizá cuando se canse del rojo, lo cambiará por algún otro color, digamos un azul turquesa o un color rosado; pero si lo hace, será en el juego de la imaginación sin razón ni compulsión alguna- Esto es casi lo más cercano posible a un estado mental en el que algo está presente a la mente, y lo que está presente, sin referencia o compulsión o razón alguna, es la sensación. (Peirce, 2012 [1998], p. 53.)

El afecto, cuando es experimentado de manera encarnada, *se siente* de manera sensorial, por ello, la sensación es lo más cercano que tenemos a ubicar un afecto cuando este choca con nuestro cuerpo. Esto va desde las sensaciones naturales como el frío o el calor, hasta aquellas que son afectaciones realizadas por otro ser, como las caricias o los besos, cuyas actualizaciones semióticas podrían calificarse como “actos de amor”, o bien, los golpes, rasguños en la piel o cortes en nuestra carne, producto de los actos más violentos de quienes nos desean el mal. No obstante, cuando esa actualización ocurre, el evento de experiencia ha dejado de ser afecto para ser discurso. En la teoría contemporánea del afecto, los afectos son inasibles, no se pueden capturar, sólo son *sentidos*, vivenciados, experimentados. ¿Cómo estudiar aquello que es inasible?, ¿cómo describir el proceso del afecto, si cuando lo hago, recorro ya al lenguaje simbólico?

A propósito de Spinoza, Lorenzo Vinciguerra explica que en la lógica de la afectación, el cuerpo no es sólo fisiológico, sino biológico y político y agrega que “*no puede existir ningún cuerpo sino como modificado (sic)*”. (Vinciguerra, 2012, p. 26). Puede ser amenazado y/o limitado, o bien, potenciado. El afecto, pues, deja una *traza* en el cuerpo, y cuán visible sea depende de los atributos duros, blandos o fluidos del cuerpo, puesto que la blandura es:

la capacidad de un cuerpo; de cualquier cuerpo; de ser revestido de trazas (vestigia). Del mismo modo, se podrá definir la dureza como la menor capacidad -o también la mayor resistencia- de los cuerpos a ser trazados. Capacidad que les confiere inmediatamente otra, la de conservar trazas, así como la de trazar los cuerpos menos duros (sic). (Vinciguerra, 2012, p. 35.)

Del modo en que lo vemos, trazarse es modificarse y lo pueden hacer otros cuerpos en relación con el nuestro y viceversa, incluso, trazarse a uno mismo. De manera ingenua, los moretones, los besos marcados con labial, los rasguños, el dolor por un fuerte abrazo o la inflamación son tipos de afecciones, son trazas que, desde la semiótica peirceana, pueden ser vistos como signos, específicamente, cualisignos e índices. Entonces, semióticamente, la manera en que el afecto es sentido es a través de los *qualia*, y el modo en que es trazado o deja huella, es mediante la indexación. Pero, ¿no es acaso el índice un modo de segundidad? Si el afecto está en la primeridad, ¿hay un aspecto de segundidad en él? Un asunto más, igual de importante: Peirce dice que la sensación primera proviene de imaginar. Entonces, ¿sentimos porque pensamos?

1.1.3 LA FILOSOFÍA ACTIVISTA

El estudio de los afectos en la comunicación también se puede enmarcar en la filosofía de los procesos y esta tiene una fuerte influencia de Peirce, cuya presencia se detecta en los trabajos de autores de esta línea, como Gilles Deleuze, Félix Guattari y Brian Massumi, quien es otra de las piedras angulares de la teoría contemporánea del afecto. De fuerte tradición spinozista, esta filosofía se fundamenta en el paralelismo entre mente y cuerpo, afirmando que la mente se constituye alrededor del objeto del cuerpo y que este tiene una forma particular de vivenciar el mundo en el que se desenvuelve y el espacio en que habita; dicha forma es la duración. Así pues, cuerpo y mente son una misma sustancia que fluye en el devenir, sujeta a la percepción del tiempo y con la posibilidad de desarrollar diferentes potencialidades. (cfr. Lara, 2015, pp. 18-20.)

La percepción y la filosofía de los procesos se conectan, como dijimos, mediante la teoría del afecto. Esta es una teoría que el filósofo Brian Massumi ha desarrollado a lo largo de su trayectoria en obras como *A User's Guide to Capitalism and Schizophrenia: Deviations from Deleuze and Guattari* (1992), *Parables for the Virtual. Movement, Affect, Sensation* (2002), *Semblance and Event. Activist Philosophy and the Occurrent Arts* (2011), *The Power at the end of the Economy* (2014), *Ontopower: War, Powers and the State of Perception* (2015), *Politics of Affect* (2015), *The principle of Unrest: Activist Philosophy in the Expanded Field* (2017) y *Architectures of the Unforeseen: Essays in the Occurrent Arts* (2019), además de colaboraciones con la filósofa Erin Manning, con quien fundó el *SenseLab*.¹

En efecto, la filosofía del proceso se preocupa por los compromisos de la mente y el cuerpo, así como por la lógica del devenir, un dinamismo donde las cosas no están hechas, al contrario, todo *está por hacerse* y como estudiosos de los afectos, debemos hallar las condiciones de posibilidad o bien, *las potencias* de toda expresión social, política, filosófica y cultural, entre otras. Esto, consideramos, nos permite cuestionar el estudio de los sistemas de significación terminados, reemplazándolos por formaciones en proceso de ser, cambiando el término de texto por el de cuerpo e involucrando a las emociones en los procesos de razonamiento.

Ahora bien, una de las principales preocupaciones del giro afectivo ha sido la distinción entre afectos y emociones. Massumi, quien se basa en los aportes de la filosofía de los procesos, define a los afectos siguiendo la definición de Spinoza, es decir, como poderes para afectar y ser afectados. Enseguida, explica que los afectos entran en un proceso donde devienen en emociones; estas son contenidos lingüísticos que actualizan la experiencia afectiva, que le brindan contenido y nombran a las experiencias mediante conceptos. Estos conceptos son las emociones, por tanto, la emoción es la *actualización semiótica* del afecto y se manifiesta en *contenidos lingüísticos*, por ello es que el problema atañe a la comunicación, pues el afecto es una fuerza que entra en una progresión semántica, de lo inasible hasta lo discursivo. En palabras de Massumi:

Dado que el afecto se refiere a movimientos corporales, no puede ser reducido sólo a la emoción. No es sólo subjetivo. Afecto y sentimiento son dos caras de la misma moneda. Todo afecto es un 'redoble', 'afectar-ser afectado', redoblado por una experiencia de la experiencia. Esta permanece en la memoria, en la costumbre, el reflejo, el deseo y la tendencia. La emoción es la forma en que la profundidad de esa experiencia continua es registrada personalmente en un momento dado (...) Una

emoción es un contenido subjetivo. Un arreglo sociolingüístico de la calidad de una experiencia que a partir de ese momento se considera personal. La emoción es intensidad cualificada. (Massumi, 2011, p. 25.)

Los afectos son difusos, siempre están en movimiento debido a que son energía distribuyéndose en cuerpos o bien, en diversas materialidades que adquieren forma gracias a la aplicación de intensidades graduales. El cuerpo es el primer receptáculo de los afectos gracias a su sistema sensorial, con el cual percibe los afectos externos y también sus propios deseos, experimenta reacciones somáticas que expresan los efectos del afecto y construye conocimiento producto de esa actividad, donde también está implicada la cognición.

Lo anterior se puede separar con fines analíticos, pero son procesos paralelos; el afecto no es anterior a la cognición, como se ha malinterpretado. Al contrario, el cuerpo y la mente son dos sistemas cognitivos que reciben información del mundo; la idea nos parece disruptiva, pues nos dice que también pensamos con el cuerpo. Eso no invalida los procesos mentales ni el razonamiento, pero nos permite ir más allá del privilegio de la mente.

En la comunicación, no se *siente* afecto sólo en la sociedad donde interactúan los cuerpos, sino también en elaboraciones como el cine, la música, la literatura, los videojuegos, todas entendidas como *sistemas de significación* con signos sensibles que se localizan en la materialidad de los cuerpos. La materialidad, o lo que las teorías del lenguaje denominan “significantes”, son la condición de posibilidad y existencia de las formaciones afectivas. Nosotros somos capaces de moldear la materia después de todo.

Brian Massumi ha construido un paradigma denominado *filosofía activista* que es de carácter pragmático especulativo, con el cual se analiza el devenir: en el cine, por ejemplo, la cámara deviene en imagen, particularmente, en el plano. La nota musical deviene en composición y ésta en melodía. Sobre decir que el acto sexual sobre el que también se ha reflexionado en este campo, deviene en placer y en otros casos, en procreación (somos producto del deseo). Todo es posible gracias al contacto de materia con materia, o como diríamos coloquialmente, cuerpo a cuerpo.

La filosofía de Massumi se fundamenta en la actividad, en la fuerza que le imprimimos a nuestras actividades, en la persecución de nuestras pasiones, en la satisfacción de nuestros deseos y la afectación que podemos transmitir a otros. Las cosas, como dijimos con anterioridad, están por hacerse, insertadas en el devenir; los afectos se localizan en esa dinámica temporal, de transición de fuerzas que devienen en alguna expresión. Pensar las cosas es vivirlas. A este proceso, Massumi le llamó el *pensar-sentir* (*thinking-feeling*). Este proyecto filosófico se extiende a las artes, pero también, a la arena política y sociológica.

¿Este viraje hacia los afectos implica desacreditar los aportes de la semiótica o la tesis del lenguaje como principio de organización de la realidad? Desde luego que no, pero sí es una invitación para sentir, para encontrar otros paradigmas de construcción de conocimiento. Como viraje académico, el giro es “reciente” y se encuentra en construcción transdisciplinaria en campo de las ciencias sociales en Latinoamérica, pero los afectos son un fenómeno que ha estado presente en nuestras vidas. Lo que sí es importante remarcar, es que para Massumi, el proceso del afecto fluye a través de una conexión de primeridades, *firstness*, que se experimenta vía las sensaciones. La cualidad sensorial de los signos es, entonces, donde se localiza el afecto, pero ¿el afecto también es representación?

2.- EL AFECTO COMO PROCESO SEMIÓTICO

2.1 LA EXPERIENCIA SENSORIAL Y CORPORAL

2.1.1 LOS SIGNOS DE LA PRIMERIDAD

El recorrido que hasta ahora hemos realizado, nos coloca en el problema de una aparente división entre los afectos como fenómenos sensoriales que brindan experiencias al cuerpo pero que no son comprendidos ni pueden ser narrados, pues cuando entran en el terreno de lo discursivo, han dejado de estar en el plano afectivo. Por tanto, parece que se distancian de la cognición mental, del propio terreno discursivo donde no sólo se forman juicios sino argumentos; pero la división no es tal en tanto que hemos establecido la existencia de una simultaneidad entre los compromisos del cuerpo y de la mente.

Así pues, la pregunta para nosotros es ¿cómo experimentamos los afectos? Una respuesta inmediata es que sucede a través de los signos, que son encarnados en nosotros, experimentamos con el cuerpo y ello nos conduce a ideas. Siendo así, ¿cuál dimensión de los signos es aquella que contiene la capacidad de afectarnos?

Consideramos que son los signos del correlato de la *primeridad* peirceana. Por principio de cuentas, estamos tomando al signo en sí mismo como fuente del afecto, por tanto, la sensibilidad no se reduce al cualisigno (mera cualidad), pues sería ingenuo decir que en el color rojo se halla el afecto y ya no hay más por hacer, contrario a lo que la teoría del afecto maneja, el afecto sí entra en un proceso de significación porque no está escindido de los procesos mentales. Así pues, los sinsignos (existente actual) y el legisigno (ley general) son parte de la primeridad que nos afecta, de modo que sí hay un objeto concreto y un hábito interpretativo que se forma en la mente y en el cuerpo. Esto quiere decir que hay una segundidad en la afectación sensorial.

Si como hemos argumentado, el afecto se encuentra en la conexión afectante entre primeridades, el representamen, el objeto y el interpretante están unidos por esta clase de signo: cualisigno-icónico-remático. Esto presenta un problema de análisis porque también mencionamos que, en el cuerpo, el afecto traza un índice sobre los cuerpos (sean artefactos o cuerpos físicos). Entonces, la segunda clase de signo también es de carácter afectiva y se conforma por una segundidad y dos primeridades: sinsigno-icónico-remático. Es así porque en el afecto, hay condición de posibilidad, hay potencia, por tanto, un tipo de representación está relacionándose con aquellos signos (icono y rema) que son posibilidades cualitativas. Entran, desde nuestra perspectiva, en el devenir, en la transformación. En efecto, hay algo de segundidad en el afecto y esto se explica gracias a la percepción, o lo que en momentos más identificaremos como *perceptos*.

2.1.2 LA PRIMERIDAD SENSORIAL

De modo que el primer correlato no es únicamente sensación corporal sino también idea; después de todo, Peirce explica que podemos imaginarnos una cualidad y luego, reemplazarla por otra en nuestro pensamiento sin que por ello haya, aún, razonamiento. Ese razonamiento llegará, no obstante. Si los signos son ideas, Peirce habrá tomado en cuenta a Spinoza, para quien los afectos también son ideas y, recordemos, no hay afectos de los que no podamos hacernos alguna idea.

En la proposición XVI de la Ética, respecto a la naturaleza y origen de los afectos, escribe: *En virtud del sólo hecho de imaginar que una cosa es semejante en algo a un objeto que suele afectar el alma de alegría o tristeza, aunque eso en que se asemejan no sea la causa eficiente de tales afectos, amaremos u odiaremos esa cosa (sic)*. (Spinoza, 2017 [1677], p. 230.)

Lo que Spinoza explica en esta proposición es que, si imaginamos una cosa que suela afectarnos de alegría o de tristeza y eso lo hace también con aquellos cercanos a mí, odiaremos o amaremos con la misma intensidad a aquello que provoca esos afectos en nosotros o en las personas que nos son cercanas. De este modo, el pensamiento es afectado siempre por imágenes que pueden estar presentes, o bien, pueden ser imágenes de eventos futuros o pasados, lo cual es base para la explicación del devenir de las ideas y su duración, disertaciones que están presentes en la filosofía de los procesos. Entonces, a toda sensación primera le sigue una imagen y, *procesualmente*, llegará a lo simbólico. Edgar Sandoval explica que la más importante de las orientaciones en la semiótica de Charles Sanders Peirce es su orientación lógica, que ya hemos tenido oportunidad de discutir, pero agrega que también existen, además de esa, la vía pragmática y la vía fenomenológica.

Es así que Sandoval aboga por una *semiótica de los sentidos* que es atravesada por el cuerpo y el problema de la moral. Al respecto, elabora lo siguiente:

La sensación o experiencia del cuerpo está dada por su condición de superficie y por su capacidad de relacionarse consigo mismo, con los demás, con los objetos y con el mundo. Tal vez sin esta posibilidad de sentir el propio cuerpo y más que tomar conciencia de él, de saberse con un cuerpo a partir de vivirlo, de tener experiencias, no podría haber sentido. De esta manera, la elaboración de sentido viene primero de una experiencia que posteriormente se elabora en significados a través de un proceso semiótico de primeridad, segundidad y terceridad. Sin la experiencia, el cuerpo no puede recoger sentido, sería un cuerpo bajo un solipsismo cartesiano y de lo que se trata es de salir de la soledad y entrar en las relaciones y los vínculos. (Sandoval, 2006, p. 269.)

Los conceptos sobre los que elabora lo anterior son los de *sentido*, *sensación* y *experiencia* que, en conjunto, son *afecciones*. Utiliza “sentido” en términos semióticos en cuanto dirección del signo o de cómo el signo apunta hacia un lugar, pero, también, emplea el concepto como análogo a sensación o afección, enmarcado en el trabajo que los cinco sentidos hacen para recoger información del mundo. Así, el mundo es “sentido” en términos afectivos y genera sentido en cuanto al proceso de significación; para el autor, la búsqueda de significado es parte de un proceso de afectación lógica que atraviesa por los tres estadios de experiencia, es decir, primeridad, segundidad y terceridad. Trabaja con la noción peirceana de *feeling*, que se entiende como sensación.

Luego, en el orden de ideas spinozista, sostiene que el cuerpo es la condición inevitable de sentido, pero, no es sólo un cuerpo biológico, sino pragmático y cultural, pues no solo son las sensaciones las que afectan al cuerpo, sino los procesos lógicos; “las sensaciones son del orden de lo cognitivo, una sensación sólo es significativa cuando se reconoce en ella una calidad de afección, reconocer la calidad es poner en juego la memoria y el juicio y el predicado (Sandoval, 2008, p. 273.) Y es aquí donde nos colocamos nosotros para argumentar que los afectos son experimentados como perceptos, o más bien, que una sensación es originada por un percepto y este se halla en la segundidad.

Discutiremos a continuación la relación entre cualisignos y perceptos, no sin antes reafirmar que las sensaciones están en el orden de la primeridad, pues “para Peirce, las sensaciones son el paso que desencadena los significados, pero en sí mismas están desprovistas de sentido [...] el cuerpo no se ve afectado significativamente sino fisiológicamente [...] significa a partir de un recorrido lógico.” (Sandoval, 2008, pp. 273-274.)

Quizá es por esta razón que en la teoría del afecto se expresa con frecuencia que los afectos son asignificantes, pre-conscientes y ajenos a la experiencia simbólica, porque si se toman como experiencia encarnada, no significan, sólo provocan sentires encarnados. Si es así, ¿allí termina el problema? ¿El afecto no es más que sensación y la única manera de estudiarlo es a partir de las sensaciones del cuerpo? No, pues hemos establecido que se pueden estudiar las huellas que deja a partir de la traza y, al mismo tiempo, comprender que no es sólo primeridad, sino que hay segundidad en él. El afecto, además, deja una estela de posibilidades, que se llaman potencias, o bien, acciones que se desencadenan a partir de la afección.

2.1.3 LOS PERCEPTOS Y LA PRIMERIDAD ICÓNICA

De modo que, ¿hay otra forma de experimentar los afectos, además de la encarnación (*embodiment*)? O quizá, la pregunta debería ser ¿cuáles son los signos que nos afectan por causa exterior? Una posible respuesta se halla en los perceptos. Es en *La Ciencia de la Semiótica* (1986) donde Charles Sanders Peirce describe las tricotomías de signos y asigna a los *qualia* un atributo de sensación o afecto. No obstante, Darin McNabb explica que la primeridad es, de hecho, icónica. La segundidad, por tanto, es indexical y la terceridad se refiere a lo simbólico. ¿Acaso no se estableció que la primeridad es sensación? Si, pero recordemos que el correlato de la primeridad, vinculado al signo en sí mismo, posee su clasificación de signos en la que toda cualidad sensorial pronto se conecta con un hecho existente (sinsigno) y una ley (legisigno).

Ahora bien, el objeto es, de acuerdo con McNabb, de índole conceptual; en lugar de la sensibilidad, el conocimiento en Peirce cuenta con un aporte conceptual y uno perceptual:

El percepto es lo que se presenta ante los sentidos de forma directa y bruta. Corresponde a lo que la tradición llama un dato sensorial, el resultado inmediato del efecto de ejercerse en el mundo circundante sobre los sentidos. Lo que se presenta, aquello de lo que tenemos conciencia, no es ningún objeto reconocible que podrá clasificarse, sino una totalidad cualitativa. (McNabb, 2018, p. 174.)

Agrega que aquello que percibimos es una serie de cualidades de sentimiento o sensación. Siendo así, el percepto es una modalidad de afecto por causa exterior, un signo que está constituido por una serie de atributos de cualidad que ofrecen sensaciones. En este orden de ideas, la primeridad que sentimos proviene de un signo icónico, otorgado por la primeridad icónica; ese percepto está constituido por cualisignos que se presentan ante nosotros, los percibimos, pero no sin asociarlos con la razón.

Si esta se agrega, lo que se forma es un *juicio perceptual*, que se define como “un juicio que afirma en forma proposicional cuál es el carácter de un percepto que esté

directamente presente ante la mente. Siendo proposicional, el juicio perceptual constituye una representación del percepto; este último, recordemos, es la presentación directa y singular de un signo; el juicio nos dice o pretende decirnos lo que percibimos.

Una mesa se presenta ante nosotros como una articulación de cualidades de forma y color; decir “esto es una mesa” es una proposición que pone en el lenguaje aquello que percibimos. Este razonamiento de Peirce se hace presente en las reflexiones de Massumi acerca del afecto como un *tercer estado* que circula entre dos sistemas: la *intensidad* y la *cualificación*.

Estos son los sistemas que registran información, el primero en el cuerpo y el segundo en la mente, de modo que el cuerpo recupera información del exterior y reacciona a esos datos sensoriales a través de un efecto galvanizante, es decir, las reacciones físicas que Massumi denomina *micro percepciones*. Esas micro percepciones son autónomas, mientras que la cualificación es un sistema que designa la experiencia afectiva con conceptos, de ahí su distinción entre afectos como fenómenos corporales y emociones como conceptos o arreglos sociolingüísticos. (cfr. Massumi, 2011, p. 22-30.)

Trazando una similitud entre Peirce y Massumi, postulamos que los afectos son signos en sí mismos; sus afecciones provienen de la primeridad icónica, por tanto, somos afectados por perceptos constituidos por cualidades cuya primera impresión es sensorial y de eso, nos formamos representaciones que no son simbólicas, es decir, no han entrado en el consenso social ni en los argumentos, sino sólo son descripciones producto de nuestros juicios.

Desde luego, el debate de que si podemos llamar a un percepto como “mesa” es gracias a la construcción simbólica, está allí, no obstante, el qualia no ha entrado en relación con un hecho bruto ni el percepto está contextualizado cuando se trata de la primeridad. Aquello es una “mesa”, pero no sabemos su función, ni sabemos tampoco si lo que yo percibo como “mesa” para otros será un “escritorio”. Ese tiempo de razonamiento lógico vendrá en los signos de la terceridad.

Así pues, McNabb explica que el juicio perceptual no es una premisa derivada de premisas anteriores, como sucede en los signos del interpretante. En cambio, solo representa la singularidad del percepto, aunque no lo representa de forma lógica, sino indexical. Peirce llama a esto *percipuum*, la apariencia tal cual la aprehendemos. Así pues, todas nuestras ideas son *ideas perceptuales*, de modo que, siguiendo estas proposiciones, los afectos pueden comprenderse como bloques de cualidades sensoriales que se presentan ante nosotros como perceptos. El afecto, contrario a lo que hemos venido manejando en la teoría contemporánea del afecto, no es solo *firstness*, primeridad, sino que cargan consigo un atributo icónico, por ende, poseen un grado de segundidad.

3.- EL PENSAMIENTO DIAGRAMÁTICO

3.1 EL DIAGRAMA

3.1.1 LOS DIAGRAMAS EN LA FILOSOFÍA DE PEIRCE

La manera en que podemos relacionar las cualidades de la primeridad sensorial con la representación perceptual es a través del razonamiento diagramático, una noción peirceana que aparece también en la filosofía activista de Massumi, como método para el análisis de los bloques de afecto que componen cualquier materialidad que impacta a otra, sea cuerpo

a cuerpo (sujetos) o cuerpo-artefacto. Ahora bien, el propio triángulo con el que solemos representar el proceso de la semiosis es ya un diagrama, que definido de manera sencilla, podríamos considerar como una representación icónica de nuestros procesos de pensamiento.

Arnold Oostra explica que una característica esencial de los diagramas es que se asemejan a lo que representan, por tanto, deben considerarse como íconos pues son signos que representan a su objeto, si el objeto, en este caso, es un proceso denominado semiosis. (cfr. Oostra, 2003, p. 18.)

Además, también representan *objetos posibles*, virtuales, es decir, algo que está en posibilidad de existir o de transformarse. Pero el diagrama no solo existe en la representación gráfica, sino también en la imaginación, es decir, uno se imagina un diagrama o un esquema que ya no proviene únicamente de la sensación sino de la imaginación. De modo que trazar ideas y relacionarlas con otras es un producto de la capacidad de ser afectados.

Lo que sucede en el *pensamiento diagramático* es que podemos vincular esa serie de cualidades que estamos percibiendo en los datos que se nos presentan, en los perceptos. En la imaginación, podemos incluso pensar en otras cualidades, sustituyendo un color por otro, cambiando materiales, texturas o tamaños. Lo mismo sucede si queremos hacer una representación gráfica de eso que imaginamos, manipular los elementos para transformar el diagrama en uno nuevo, donde se muestren cualidades que no existían antes.

Dado que a la filosofía del proceso le interesa aquello que “está por hacerse”, entonces, es menester construir un diagrama y experimentar con él. Las tres clases de íconos que clasifica Peirce son:

1. Imagen: una cualidad compartida, por ejemplo, un retrato.
2. Diagrama: una semejanza relacional, por ejemplo, un mapa.
3. Metáfora: representa a un objeto que posee tríadas de cualidades, como una figura geométrica.

De modo que “un diagrama es un ícono de un conjunto de objetos racionalmente relacionados”. (McNabb, 2018, p. 194.) A la filosofía activista en la que se inscribe el pensamiento de Massumi, le interesan las condiciones de posibilidad de los afectos, los cuales, en palabras de Deleuze, son signos (Deleuze, 1996, p. 218.) Los primeros, los de condición de posibilidad, poseen una cualidad (cualisignos); en el primer correlato, el signo apenas comienza a tomar forma, pero el receptor ni siquiera es consciente de cuál forma adoptará. Allí yace el afecto y es una idea importante para Brian Massumi, toda vez que él recupera el correlato de la *primeridad* (*firstness*), como la *dimensión* donde se halla una cualidad material, pero que también, es sensorial.

La primeridad avanza procesualmente, es decir, nuestra primera impresión, la sensorial, se conecta con hechos y argumentos, por tanto, aquella afección primera nos conduce a ideas, por tanto, para Peirce, todo este proceso lógico es el que nos afecta; un signo posee una cualidad sensible pero no es sólo eso, es una composición, un proceso de comunicación que culmina en ideas. Por eso, es pertinente llamar a esos primeros signos “señales sensibles” toda vez que se articulan desde lo material. El afecto no es sólo el color; en todo caso, es una señal sensible que existe dentro de bloques de afecto y que desencadena todo un proceso de pensamiento que llega a la creación de un concepto, una emoción, en donde lo simbólico, lo discursivo, lo lingüístico, ya operan.

Con base en estas discusiones, en este trabajo entendemos al diagrama como una técnica de existencia basada en una forma de pensamiento relacional que comienza “en el medio” y se dirige en diversas direcciones, tocando diferentes puntos de una serie de ideas que se unen por la relación, no por la linealidad. Los diagramas se representan entonces, en forma de flujos, de procesos, y establecen una relación de materia con materia que organiza la forma de los eventos que se experimentan en las interacciones sociales, en el arte y en la comunicación en general. No son representación de un referente, sino iconización de nuestro pensamiento; hacen aparecer aquello invisible, como es el caso de los afectos.

3.1.2 LOS DIAGRAMAS EN LA FILOSOFÍA DE MASSUMI

En *A User's guide to Capitalism and Schizophrenia. Deviations from Deleuze and Guattari* (1992), Brian Massumi escribe:

“A phenomenon is not an appearance, or even an apparition, but a sign, a symptom which finds its meaning in an existing force. Take wood. A woodworker who sets out to make a table does not pick just any piece of wood. She chooses the right piece for the application. When she works it, she does not indiscriminately plow it into it with the plane. She is conscious of the grain and is directed by it. She reads and interprets it. What she reads are signs. Signs are qualities (color, texture, durability, and so on). And qualities are much more than simply logical properties or sense perceptions. They envelop a potential -the capacity to be affected, or to submit to a force (...) and the capacity to affect, or to release a force.” (Massumi, 1992, p. 10.) (las cursivas son nuestras).

[Un fenómeno no es una apariencia o una aparición, en cambio, es un signo, un síntoma que encuentra su significado en la existencia de una fuerza. Por ejemplo, la madera. Una carpintera que se propone hacer una mesa no elige cualquier pieza de madera. Elige la pieza correcta para la aplicación. Cuando la trabaja, no la despliega indiscriminadamente dentro del plano. Es consciente del grano y es dirigida por este signo. Lo lee y lo interpreta. Lo que ella lee son signos. Los signos son cualidades (color, textura, durabilidad, y así sucesivamente). Las cualidades son más que propiedades lógicas o percepciones sensoriales. Envuelven un potencial -la capacidad de ser afectado, o de someterse a una fuerza (...) y la capacidad de afectar, o de liberar una fuerza. (Massumi, 1992, p.10.)]²

Diagramar es analizar paso por paso las cualidades de la materia y sus relaciones de movimiento y estabilidad. Entonces, el diagrama no es simple representación, no es únicamente mimesis ni imitación. Es un modo de explorar la composición de un cuerpo. Puedo crear el cuerpo (afectar) o ser consumido por él (ser afectado). En la creación yace el potencial del afecto. Massumi refiere este proceso cuando explica cómo es que “un hombre” desea convertirse en “animal”:

Él no está imitando a un perro; “está <diagramando> (*diagramming*). Él analiza paso-por-paso las cualidades de dos especies molares, resolviéndolas en constelaciones de relaciones abstractas de movimiento y descanso. En otras palabras, extrae gradualmente de cada cuerpo, un conjunto de afectos: formas en que el cuerpo se puede conectar consigo mismo y con el mundo.” (Massumi, 1992, p. 93.)

Entonces, el análisis también implica estudiar el proceso de creación, extrayendo “bloques de afectos”; la manera más cercana que tenemos para observar el diagrama y su relacionalidad es mediante el diagrama o mapas. Ellos nos pueden mostrar la relación de cualidades, pero también, algunos límites. Massumi y quienes trabajan con su filosofía (Erin Manning, Steven Shaviro, Thomas Lamarre, Catherine Dale, entre otros) usan el diagrama como forma de registrar el movimiento (pues el afecto fluye) y también, de analizar otros registros de expresión; este método de análisis es producto, sin duda, de la filosofía peirceana.

4.- CONCLUSIONES

Que los afectos son signos no es una proposición que hayamos inventado nosotros, pues la propuesta aparece, ya sea de manera directa o sutil, en los trabajos de Spinoza, Alfred North Whitehead, Henri Bergson, Lorenzo Vinciguerra, Gilles Deleuze y, desde luego, en los trabajos de Brian Massumi. En estas reflexiones, sobre todo en aquellas que se enmarcan en el pragmatismo, el postestructuralismo y la filosofía del proceso, se detecta la presencia de Peirce. Lo que hemos tratado de construir en esta disertación es una reflexión que encamine a la comprensión del papel que los afectos juegan no sólo en la experiencia corporal, sino en la formación de ideas. Sobra decir, entonces, que consideramos a los afectos como el motor de toda la creación simbólica, incluidas las relaciones sociales, la cultura y el mismo lenguaje. A este último se le ha colocado como jugador central en la construcción social, no obstante, proponemos mirar hacia los afectos como los fenómenos que originan las ideas y la construcción de conocimiento.

De igual manera, el trabajo que ofrecemos aquí es un intento por mirar al trabajo de Peirce más allá del proceso de semiosis que se analiza con frecuencia en el campo de la Comunicación. En el caso de la enseñanza, se entiende al signo según Peirce desde el ángulo de las tricotomías y el esfuerzo por explicarlo se reduce a la clasificación de dichas tríadas, en un intento por memorizar los signos como si se tratase de una taxonomía.

Si bien Peirce hace un enorme trabajo para otorgarnos clases de signos, estos no están desagregados, sino que forman todo un proceso lógico de afectación que culmina con la producción del saber. Lo que tratamos de hacer es, entonces, explicar el trabajo de Peirce desde categorías que no son comúnmente exploradas, y con ello, nos referimos a la primeridad, así como a las clasificaciones icónicas.

Consideramos que la primeridad es un estadio de experiencia que merece ser explorado no sólo porque allí se originan los procesos afectivos, en el sentido de sensaciones, sino que también, ese correlato es la causa externa que moviliza a la mente y al cuerpo. Evidentemente, no hay terceridad si no se ha atravesado por un primero y un segundo, por ende, es importante comprender cómo los juicios perceptuales son producto de afecciones.

El otro desafío al que respondemos aquí es el de superar la noción de afecto como experiencia corporal encarnada; el cuerpo es parte importante de las reflexiones en la teoría contemporánea del afecto, pero ello incluye a la mente. Por esa razón, de aquí en adelante queda por explorar cómo el afecto es también un proceso de significación, donde el cuerpo forma hábitos de interpretación, al igual que la mente. Para nosotros, existe un interpretante del cuerpo, pues este es un sistema cognitivo que ha registrado información sensorial a la que se ha habituado a responder, pero también es capaz de recibir nueva información.

Dicha información se nos presenta en la forma de perceptos. Incluso si, en primer lugar, el afecto es inscrito en el cuerpo a través de una traza, esta se presenta en forma de cualidad y al unirla con otras, hemos de formar juicios acerca de lo que vemos. Entonces, no hay proposiciones ni lenguaje sin la afección, la acción de un cuerpo sobre otros. El afecto es, pues, un proceso de comunicación que inicia con una acción sobre el cuerpo (afección corporal) y avanza paralelamente hacia la percepción sensorial al tiempo que colabora en la creación de conceptos, terreno en el que se está en la significación lingüística y cuyo proceso no está separado de la experiencia encarnada, con todos sus sentidos, al menos, de los que disponga cada ser. Las emociones son conceptos, pero el dominio de la experiencia humana no se reduce a etiquetar con emociones, sino a plantear razonamientos lógicos sobre esas experiencias.

NOTAS

¹De acuerdo con los autores, el SenseLab es un laboratorio para el pensamiento en movimiento que integra la filosofía, el arte y el activismo. Su objetivo es experimentar con técnicas creativas para expresar el pensamiento en acto. Su producto es un proceso orientado a diseminarse. Argumentan también que el *momento creativo* deriva en prácticas grupales e individuales y siembra nuevos procesos que poseen “su propia autonomía”. Fue fundado en el 2004 y es un proyecto interdisciplinar vigente. <http://senselab.ca/wp2/>

² La traducción es del autor. En el original, la cita contiene dos anotaciones. Las cursivas son una cita de Gilles Deleuze (*Shadow of the despot; Nomad thought*, p. 148); otra referencia a Deleuze aparece cuando menciona que los signos son cualidades, Massumi solicita referirse a *Monstruos Offspring: Deleuze*, “I have nothing to admit”, p. 12.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BEUCHOT, M. (2014). *Charles Sanders Peirce: Semiótica, iconicidad y analogía*. Herder.
- DELEUZE, G. (1996). *Crítica y clínica* (J. L. Pardo, Trad.). Anagrama. (Trabajo original publicado en 1993)
- LAMARRE, T. (2002). Diagram, inscription, sensation. En B. Massumi (Ed.), *A shock to thought: Expression after Deleuze and Guattari* (cap. 11, pp. [aprox. 22 págs.]). Routledge.
- LARA, A. (2015). Teorías afectivas vintage: Apuntes sobre Deleuze, Bergson y Whitehead. *Cinta de Moebio*, 52, 17–36. <https://dialnet.unirioja.es/ejemplar/545660>
- MASSUMI, B. (1992). *A user's guide to Capitalism and Schizophrenia: Deviations from Deleuze and Guattari*. The MIT Press.
- (2003). *Parables for the virtual: Movement, affect, sensation*. Duke University Press.
- (2011a). *Semblance and event: Activist philosophy and the occurrent arts*. The MIT Press.

— (2011b). Palabras clave para el afecto: Un mundo de afectos. *Exit Book: Revista de libros de arte y cultura visual*, 15, 22–30.

McNABB, D. (2018). *Hombre, signo y cosmos: La filosofía de Charles S. Peirce*. Fondo de Cultura Económica.

OOSTRA, A. (2003). Peirce y los diagramas. En *II Jornada del Grupo de Estudios Peirceanos: La lógica de Peirce y el mundo hispánico*. Universidad de Tolima.

PEIRCE, C. S. (1986). *La ciencia de la semiótica* (J. E. Rodó, Trad.). Nueva Visión. (Trabajo original publicado en inglés en 1903)

— (2012). *Obra filosófica reunida: Volumen II (1893–1913)* (N. Houser & C. Kloesel, Eds.). Fondo de Cultura Económica.

SANDOVAL, E. (Ed.). (2006). *Semiótica, lógica y conocimiento: Homenaje a Charles Sanders Peirce*. UNAM.

SPINOZA, B. (2017). *Ética demostrada según el orden geométrico* (A. Sánchez Meca, Trad., 3.^a ed.). Alianza Editorial. (Trabajo original publicado en 1677)

VINCIGUERRA, L. (2020). *La semiótica de Spinoza*. Cactus.